

Argentina y Estados Unidos: la política del jugo de limón

Roberto Russell *

Sección:

Política Mundial

Las nuevas orientaciones de la política exterior argentina o la "reducción del mapamundi"

Cuando Carlos Menem accedió a la primera magistratura del país, en julio de 1989, Argentina transitaba circunstancias muy distintas a las que habían signado el primer tramo del gobierno de Alfonsín. Mucha agua había pasado debajo del puente de la transición. A diferencia de lo sucedido en el momento del inicio de la primera fase del retorno a la democracia -claramente dominada por los reclamos de libertad y participación política y de respeto a los derechos humanos-, en el comienzo del gobierno peronista el centro de la escena política argentina estaba ocupado por las demandas económicas y so-

ciales. En este contexto, los nuevos formuladores de la política exterior consideraron necesario introducir un cambio sustancial en materia externa que tuviera fundamentalmente en cuenta las necesidades económicas más urgentes del país y que dejara de lado, en consecuencia, el así llamado "confrontacionismo idealista" del gobierno radical¹. Desde la óptica de la administración Menem, esta última política había sido disfuncional a los intereses nacionales de Argentina y era impropia de una nación periférica, vulnerable y empobrecida. Así, el discurso peronista enfatizó desde el comienzo tres palabras claves para caracterizar su nueva política exterior: realismo, pragmatismo y "normalidad"². Según la opinión del primer canciller del gobierno de Menem, Domingo Cavallo:

El interés nacional, en una circunstancia histórica como la que estamos viviendo, se manifiesta de manera más dramática por las urgencias económicas y sociales. Por lo tanto, la política exterior será muy realista y procurará crear el ambiente político más adecuado en las relaciones con los países amigos del mundo, para la solución de los urgentes problemas económicos y sociales de la Argentina³.

En la misma línea de razonamiento, su sucesor, Guido Di Tella sostuvo que

* Investigador del área de Relaciones Internacionales de Flacso, Buenos Aires.

1. Esta calificación de las orientaciones básicas del gobierno radical es de Carlos Escudé. La utilizo porque la misma es compartida por los máximos responsables de la actual política exterior argentina. Véase de este autor su artículo "La política exterior de Menem y su sustento teórico implícito", en *América Latina-Internacional*, Vol. 8, No. 27, enero-marzo 1991, pp. 394^106.
2. Deslizando una crítica al alto perfil político de la política exterior del gobierno radical, Cavallo explicó del siguiente modo su visión de lo que debería ser una política "normal": "Debo decir que la política exterior pretende ser una política normal... como la de los países que progresan y optan por resolver sus problemas por medio de la razón y la sensatez, procurando mejorar el nivel de vida de sus pueblos. La normalidad significa no continuar con iniciativas que reflejen más los intereses o estados de ánimo de los circunstanciales ocupantes de los cargos gubernativos, antes que los verdaderos intereses del pueblo argentino". *Disertación del Canciller, Domingo Cavallo, en ja peña "El Ombú", sobre la política internacional de la Argentina*, Dirección General de Prensa, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Plazo Hotel, 21 de septiembre de 1989, p. 1.
3. *Declaraciones formuladas por el Canciller Cavallo luego de la reunión que mantuvo con la señora Canciller Embajadora Susana Ruiz Cerrutti*, Dirección General de Prensa, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Buenos Aires, julio 6 de 1989, p. 2.

"los intereses nacionales de Argentina se definen sustantivamente en términos de intereses materiales"⁴.

Conforme a esta perspectiva, el gobierno peronista ha estructurado su política exterior a partir de una lógica que propone: un *bajo perfil* político en las cuestiones que ocasionan (o pueden ocasionar) confrontaciones o fricciones con los países desarrollados, y en los foros políticos conocidos como "blandos", por ejemplo en No Alineados; un *alto perfil* económico en las cuestiones que afecten los intereses materiales de Argentina; y la *concentración* de la acción externa en muy pocas áreas del mundo que importan esencialmente desde el punto de vista de las necesidades económicas del país⁵. Estas áreas son los Estados Unidos en primer lugar, los países vecinos de la región y Europa Occidental en un segundo nivel más o menos similar y, para el más largo plazo, Japón y los NICs del Sudeste Asiático. Según Di Tella: "Si al conjunto de estos países o regiones le damos un énfasis fenomenal a la parte material, estamos definiendo un mapamundi muy restringido"⁶. De este modo, la acción en otras áreas del mundo, como fue la participación en la Guerra del Golfo, deberá vincularse con, y explicarse a partir de necesidades u objetivos pragmáticos que sur-

gen de estas relaciones preferentes, particularmente de la política de alineamiento con Estados Unidos.

Las relaciones con Estados Unidos

En el mismo inicio de su mandato, y con el propósito de sacar a las relaciones argentino-norteamericanas de su recurrente ciclo de acercamiento y hostilidad y de dotarlas, por consiguiente, de mayor certidumbre y estabilidad, el gobierno de Alfonsín se propuso alcanzar y desarrollar una "relación madura" con Estados Unidos. Según la perspectiva radical, este tipo de relación debería equidistar tanto del alineamiento automático como de la confrontación o ruptura⁷. A ese fin, el gobierno de Alfonsín diferenció analíticamente dos niveles en las relaciones: el de las "convergencias esenciales" y el de los "disensos metodológicos". En el primero se situaron - siempre de acuerdo con la opinión del gobierno radical- los aspectos que conformarían la base de sustentación permanente del vínculo bilateral, esto es, las visiones coincidentes respecto de la necesidad de asegurar una conjunción de principios y valores compartidos: "la democracia, el pluralismo, la dignidad del hombre, los derechos humanos, la libertad y la justicia social"⁸. El segundo nivel

se reservó a las apreciaciones y posiciones distintas sobre los métodos más adecuados para realizar o mantener en el mundo en desarrollo los principios y valores compartidos en el plano de las esencias. Esta diferenciación analítica de niveles de relación procuraba dar sustento teórico y práctico a una política, que tenía como uno de sus pilares la apertura de un espacio legítimo para las discrepancias entre los dos países. Desde este esquema conceptual, el gobierno de Alfonsín puso especial énfasis en señalar la adscripción cultural de Argentina a los valores de Occidente con el propósito de separar los intereses y valores comunes del mundo occidental de los intereses y valores nacionales de los Estados Unidos.

A diferencia de lo sucedido en la etapa militar, a lo largo de 1984 y en los primeros meses de 1985, los "disensos metodológicos" más serios entre los dos gobiernos se produjeron en el plano económico. Sin embargo, luego del lanzamiento del Plan Austral en junio de 1985 y del encuadramiento más orgánico de la política económica argentina en el marco de la propuesta Baker, la relación bilateral mejoró en forma notoria, alcanzando uno de los mejores momentos de su historia. En este contexto, los disensos y desacuerdos políticos intergubernamentales del

4 Discurso pronunciado por el señor canciller Di Tella en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), Buenos Aires, abril 18 de 1991, mimeo, p. 5.

5 Al referirse a las causas por las cuales Europa Occidental importaba a la Argentina, Di Tella señaló sin ambages: "Nos interesan esos países porque les va bien. Si les fuera mal nos interesarían menos", *ibid.*, p. 4.

6 *Ibid.*, p. 5.

7 Acerca de la estrategia de "recomposición madura", véase Roberto Russell, "Las relaciones Argentina-Estados Unidos: del 'alineamiento heterodoxo' a la 'recomposición madura' ", en Mónica Hirst (comp.), *Continuidad y cambio en las relaciones América Latina y Estados Unidos*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987, pp. 44-57.

8 Comunicado argentino-norteamericano tras el encuentro de los presidentes Raúl Alfonsín y Ronald Reagan, *Clarín*, septiembre 24 de 1984.

les del período (producidos principalmente por las diferentes posiciones de los dos gobiernos frente a la crisis centroamericana, el desarrollo nuclear argentino, la cuestión de los derechos humanos en Cuba, la firma de acuerdos de pesca con los soviéticos, el tratamiento del problema de la deuda externa, los regímenes de patentes y propiedad intelectual de los fármacos - químicos) no alcanzaron a empañar el alto nivel de la relación ni se tradujeron en "palos" de la administración Reagan hacia Argentina⁹. Como lo recordará el propio Alfonsín en mayo de 1990: "Yo tuve una buena relación con los Estados Unidos y sabía perfectamente que había intereses comunes, intereses distintos y hasta contradictorios. Fuimos respetados por esa independencia en las posiciones, a pesar de las presiones que sufrimos"¹⁰. En suma, las relaciones alcanzaron un muy buen nivel, que fue reconocido en numerosas oportunidades por funcionarios y actores no estatales de ambos países y que se expresó en apoyos concretos del gobierno norteamericano, tanto en materia política como económica¹¹.

De este modo, cuando el peronismo llegó al gobierno se encontró con un terreno bien abonado¹². A partir de allí, puso en marcha una estrategia de aproximación a Estados Unidos

que se asienta en criterios ordenadores distintos a los sustentados por la diplomacia de la administración radical. Esta estrategia se ha estructurado teniendo en cuenta tres supuestos básicos: a) que el radicalismo -como también otros gobiernos que lo precedieron, tanto democráticos como militares-, confrontó inútilmente a Estados Unidos por cuestiones políticas, en muchos casos alejadas del interés nacional (por ejemplo, la activa militancia de la diplomacia radical en el grupo de apoyo a Contadora o la participación en el Grupo de los Seis); b) que estas confrontaciones sólo produjeron perjuicios al país; y c) que en las actuales condiciones de vulnerabilidad externa de Argentina es necesario bajar o, más aún, modificar el perfil en los temas políticos tradicionalmente conflictivos de la relación bilateral con el propósito de obtener el apoyo o, al menos, una mejor disposición del gobierno norteamericano en las cuestiones económicas que integran la agenda de los dos países. En palabras de Di Tella, la nueva política exterior se basa en la necesidad de terminar con la tradicional hostilidad argentina hacia Estados Unidos "por problemas irrelevantes que no nos van ni nos vienen para darnos lustre. Nosotros queremos un amor carnal con Estados Unidos, nos interesa porque podemos sacar un bene-

que podemos sacar un beneficio"¹³. Para ponerlo de manera breve, la diplomacia del gobierno de Menem propone que la política exterior se adapte a los objetivos políticos de Estados Unidos en la región, a menos que esta adaptación tenga costos materiales tangibles. Según se aprecia, el espacio de la pelea se limita y reserva exclusivamente a los temas que afecten los intereses económicos de los argentinos. Por consiguiente, las únicas confrontaciones pertinentes serían aquellas vinculadas, por ejemplo, a cuestiones referidas a las trabas para exportar jugo de limón¹⁴, o zapatos al mercado de Estados Unidos, o frente a las exportaciones subsidiadas, como fue el caso de la reciente oferta norteamericana de vender trigo fuertemente subvencionado a Brasil.

Fiel a este diseño, el gobierno peronista ha adoptado varias medidas importantes que no dejan dudas acerca de su disposición a cumplir con lo proclamado. Así, por ejemplo, se abstuvo de condenar en forma explícita la invasión dispuesta por la administración Bush a Panamá, se comprometió a modificar el régimen de protección a las patentes farmacéuticas, proclamó su disposición a ratificar el Tratado de Tlatelolco, envió dos naves de guerra al Golfo Pérsico para participar en la alianza multinacional contra Irak, se com-

9 En el mismo sentido, véase Mark Falcoff, "Relaciones entre Estados Unidos y Argentina: mejor de lo esperado", en Roberto Bouzas y Roberto Russell (eds.), *Estados Unidos y la transición argentina*, Buenos Aires, Ed. Legasa, 1989, pp. 299-315.

10 *Clarín*, mayo 6 de 1990.

11 Sobre este apoyo, véase mi trabajo "La política exterior argentina en 1988: la prioridad de la agenda económica", en Heraldo Muñoz (comp.), *A la espera de una nueva etapa*, Caracas, Nueva Sociedad, 1989, pp. 29-30.

12 Es importante enfatizar este punto porque en forma interesada sectores de la derecha argentina, miembros del gobierno de Menem y algunos analistas han opinado, a mi juicio sin ninguna clase de fundamentos, justamente lo contrario a lo que sostengo aquí.

13 *Clarín*, diciembre 9 de 1990, p.12.

14 Cito este caso porque es el que ha sido utilizado por el canciller Di Tella para ejemplificar el tipo de intereses y de cuestiones que la política exterior está dispuesta a defender (y a pelear por) frente a los Estados Unidos.

prometió a un acuerdo con Estados Unidos para que aviones radares de ese país -asistidos por la Fuerza Aérea y la gendarmería argentinas- relevén fotográficamente el norte del territorio nacional para detectar pistas de aterrizaje clandestinas del narcotráfico, manifestó su disposición a cooperar de manera creciente con el gobierno norteamericano en distintos temas de naturaleza global, tal es el caso de los problemas del medio ambiente, votó favorablemente en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas la propuesta de Estados Unidos sobre la investigación de los derechos humanos en Cuba, imprimiendo un cambio sustancial en la tradicional posición del país en la materia¹⁵, y, finalmente, anunció la desactivación del plan misilístico Cóndor II¹⁶.

El cóndor pasa

Esta última medida es quizás el caso ejemplar de la política de alineamiento impulsada por el gobierno de Menem. El proyecto Cóndor II era una especie de niño mimado de la Fuerza Aérea argentina y su prosecución contaba con el apoyo de importantes sectores políticos internos, como en el caso del propio partido gobernante y del grueso del radicalismo. Vale recordar al respecto que este emprendimiento, nacido duran-

rante la etapa del proceso militar, había alcanzado su apogeo durante el gobierno de Alfonsín y que el propio Menem, en su campaña electoral, había prometido la continuación del mismo y su exportación, dado que su objetivo entonces declarado era reactivar la producción para la defensa, incorporar tecnología bélica y vender armamentos al exterior.

Las promesas de Menem se dieron de bruces con las crecientes presiones de Washington -que se incrementaron luego de la crisis del Golfo-para que Argentina pusiera fin a este proyecto. La posición norteamericana reunía esencialmente dos aspectos: evitar la diseminación de desarrollos tecnológicos en la periferia que puedan tener un eventual uso bélico desde el punto de vista nuclear, misilístico o de armas químicas, e impedir nuevas competencias en el mercado de misiles. A esto se agregaba la sempiterna exigua confiabilidad internacional de Argentina, a pesar de la buena letra hecha hasta el momento por la administración Menem en otras áreas de interés para Estados Unidos, como fue el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Gran Bretaña. Así, la destrucción del Cóndor II se convirtió en un tema de altísima prioridad para el gobierno de Bush en sus relaciones con Argentina. Luego de atravesar varias etapas

(todas precedidas por pedidos y presiones de Washington y del activísimo e influyente embajador norteamericano en Buenos Aires, Terence Todman) el gobierno argentino fue "desescalando" su posición inicial: primero prometió que sólo exportaría el misil "responsablemente"; luego que no lo exportaría; más adelante que lo suspendería; después que lo cancelaría y, finalmente, que inutilizaría y dismantelaría completa e irreversiblemente todos los elementos que no puedan ser reciclados para ser utilizados en un proyecto coheteril con fines pacíficos¹⁷.

No es para nada casual que tanto Menem como Cavallo y Di Tella hayan sido en el seno del gobierno peronista los más firmes defensores de esta última decisión. Para ellos, la destrucción del proyecto era otro de los pasos imprescindibles para dar, a fin de acceder progresivamente al selecto grupo de naciones confiables del mundo y para asegurar el apoyo de la administración Bush en las áreas de cuestiones económicas de la relación bilateral y en los organismos multilaterales donde el voto de Estados Unidos es de suma importancia¹⁸. Precisamente, las razones principales esgrimidas por el gobierno para justificar la decisión fueron que el proyecto "comprometía seriamente el prestigio del país" y que la política espacial "debe reflejar

15 Esta posición fue calificada por el canciller Di Tella como "bochornosa", dado que sólo "servía para una cosa, y con mucho éxito, que era irritar a los Estados Unidos. Discurso pronunciado por el señor canciller Di Tella en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, *op. cit.*, p. 8.

16 De las tres etapas previstas en la construcción del misil (desarrollo del motor, de los medios de dirección y de la cabeza inteligente) sólo se había llegado a completar parcialmente la primera.

17 La decisión de destruir el proyecto tuvo el visto bueno del embajador norteamericano en Buenos Aires, Terence Todman, quien llegó a reunirse con el jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea para aprobar los últimos detalles. Véase *Clarín*, mayo 29 de 1991, p. 12.

18 Antes de que se tomara la decisión final, el primer canciller del gobierno de Menem y hoy ministro de Economía llegó a proponer que se destruyera todo, incluidas las instalaciones de Falda del Carmen donde se había desarrollado el proyecto.

claramente la voluntad del país de incorporarse en plenitud y como socio creíble en el nuevo orden internacional"¹⁹.

La decisión de destruir las partes no reciclables para fines pacíficos fue acompañada por dos medidas de gran importancia. La primera de ellas fue el anuncio de la próxima adhesión de Argentina al Régimen de Control de Tecnología Misilística (MTCR), creado en 1987 por Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia, Francia, Alemania, Canadá y Japón para evitar la proliferación de esa tecnología. Esta decisión implica un cambio de otra de las posiciones tradicionales de Argentina en materia de política exterior, dado que anteriormente se había rechazado la invitación a sumarse a este acuerdo multilateral, argumentando que establecía discriminaciones no aceptables entre los países poseedores de esa tecnología y los que no la tenían. El argumento era similar al esgrimido tradicionalmente por la diplomacia argentina para fundamentar su oposición a suscribir el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP). La segunda medida de importancia fue la creación de la Comisión Nacional de Actividades Espaciales (CNAE), que dependerá de la Presidencia, en reemplazo de la Comisión Nacional de Investigaciones Espaciales (CNIE), que estaba bajo la jurisdicción de la Fuerza Aérea. Todo el personal científico, las

instalaciones y materiales involucrados en el proyecto serán trasladados a la nueva Comisión, que será presidida por un investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Conicet²⁰. El sentido de esta decisión es muy claro: demostrar que el poder civil controlará la política espacial y asegurará la destrucción del Cóndor, a pesar de la disconformidad existente en los mandos del aire.

Viabilidad y dilemas del alineamiento

A casi dos años de puesta en marcha la política de alineamiento con Estados Unidos parece interesante presentar algunas primeras reflexiones sobre dos aspectos básicos: a) su viabilidad y conveniencia como estrategia de la política exterior; y b) los dilemas que ella presenta cuando se toman decisiones inscritas en la lógica del alineamiento que afectan posiciones, intereses o cuestiones centrales a otras relaciones, también señaladas por el discurso oficial como igualmente prioritarias. O, a la inversa, cuando se toman (o hay que tomar) decisiones inscritas en la lógica de estas últimas relaciones que afectan o contrarían las exigencias propias de una política de alineamiento.

En lo que hace al primer aspecto, cabe reflexionar sobre la relación existente (o esperable) entre gestos unilaterales argentinos y recompensas norteamericanas específicas. Puesto de manera más cruda y

general, entre satelismo y réditos finales. Por ahora, los máximos responsables de la política exterior siguen explicando públicamente que los gestos son necesarios para generar confianza. Vuelvo a recurrir a Di Tella: "Yo he dicho ya, y lo repito, que pocas veces, con tan poco, hemos conseguido tanto. Alguien dirá, son pocas las inversiones que han venido. Así no se miden las cosas en el mundo internacional. Esto sí crea un cambio de clima, un cambio de confianza"²¹.

No discuto que las medidas tomadas por el gobierno -por ejemplo, la terminación del proyecto Cóndor II y los acuerdos firmados con Gran Bretaña por la cuestión Malvinas- hayan aumentado un poco el nivel de la confianza otorgada a Argentina en Washington. Esto me parece obvio. Tanto como que estas medidas "políticas", inscritas en la lógica mencionada de adecuarse resignadamente a los intereses regionales norteamericanos, no han acarreado retribuciones más o menos proporcionales en las áreas "económicas" de la relación, que son las que le importan a la diplomacia peronista. Más aún, es muy probable que no traigan agua para el molino de la economía. Entramos aquí en el conocido y complejo tema de la vinculación de cuestiones entre áreas que en general no se cruzan o se cruzan poco. A esta altura del desarrollo de la disciplina de las relaciones internacionales, sabemos que las cuestiones tienden a vincularse más fácilmente cuando nos movemos

19 Discurso del ministro de Defensa, Erman González, en *Ámbito Financiero*, mayo 29 de 1991.

20 Con esta medida se repite un gesto similar al de Alfonsín en 1983, cuando sacó a la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) de la órbita de la Armada.

21 Discurso pronunciado por el señor canciller Di Tella en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, *op. cit.*, p. 10.

dentro de una misma área temática, así como también que ésta vinculación no suele ser (ni tiene por qué ser) producto de una política de alineamiento. De este modo, para atraer inversiones norteamericanas o para entrar en el Plan Brady no haría falta destruir un proyecto de desarrollo misilístico ni mandar tropas al Golfo²². Chile, por ejemplo, no ha hecho ni una ni otra cosa, ni tampoco proclama ni procura el alineamiento, y, sin embargo, recibe inversiones y es uno de los más firmes candidatos a participar próximamente en el Plan Brady²³. Y esto sucede, simplemente, porque ha hecho los deberes en materia económica. Para lograr algo parecido, la administración peronista deberá, entre otras cosas, estabilizar la economía, disminuir sus deudas y mejorar las posibilidades de afrontar el pago de sus compromisos externos. Por otra parte, es preciso tener en cuenta que el exceso de celo ante las presiones sucesivas de Estados Unidos (algo a lo que normalmente conduce una política de alineamiento) puede dejar a Argentina con menos fichas de negociación o de poder frente a otros países. Esto lleva a plantear, por ejemplo, la conveniencia de la oportunidad de dismantelar el Cóndor II en un momento en que los militares chilenos confirmaron la producción, en forma conjunta con la firma británica Royal Ordinance, de un misil tierra-tierra de 40 kilóme-

tros de alcance que puede ser equipado de bombas de racimo o de un arma química. Por cierto, aunque todavía de manera incipiente, el gobierno de Menem ha ido tomando nota de esta realidad, que pone de manifiesto una de las facetas de los límites de la estrategia elegida para manejar sus relaciones con el mundo.

Otra de estas facetas es la falta de consenso doméstico respecto de la política de alineamiento. No hay que olvidar que el envío de naves al golfo se hizo "puenteando" al Congreso, violando el derecho interno para responder a una violación del derecho internacional. Una posición ciertamente paradójica e indefendible. La decisión de destruir el proyecto Cóndor II, para dar otro ejemplo, se adoptó sin consenso en el seno del Ejecutivo, y a pesar de la oposición de la Fuerza Aérea y de la mayoría de la dirigencia política. Antonio Cafiero, gobernador de la provincia más importante de Argentina y ex rival de Menem en las elecciones internas del peronismo para la nominación presidencial de 1989, sostuvo que "el gobierno nacional debe hacer todo lo posible para mantener el Cóndor II"²⁴. En el mismo sentido, Eduardo Angeloz, gobernador de Córdoba y candidato a presidente por el radicalismo en las elecciones de 1989, opinó que Argentina no debía "ceder un ápice" en el desarrollo de este emprendimiento²⁵.

Para no alargarme, me interesa enfatizar que hay muchas evidencias de los desacuerdos existentes en la sociedad argentina sobre las orientaciones y sustancia de la política exterior. Los desacuerdos también incluyen a los miembros estables del cuerpo diplomático, cuya gran mayoría se opone al rumbo externo trazado por el gobierno. Esta importante oposición interna a la actual política exterior coloca un amplio margen de dudas acerca de su continuidad y, por ende, le quita "confiabilidad", que es justamente lo que la administración Menem procura alcanzar a través del alineamiento. A esto hay que agregar -según lo muestra el debate interno referido y el propio proceso de toma de decisiones- que esta política parece basarse más en intereses de la coyuntura que en los intereses nacionales de largo plazo, señalados por los responsables de conducir la diplomacia peronista y, mucho menos, en sus convicciones profundas.

La administración Bush, por su parte, se ha movido sin rodeos en su relación con Argentina. Siempre puso en blanco y negro sus prioridades y el alcance de sus compromisos e intereses. Desde luego, ha manifestado tantas veces como fue necesario su beneplácito ante el "coraje" de Menem para impulsar la transformación económica interna y para modificar algunas de las posiciones tradicionales de

22 Es importante aclarar que no estoy cuestionando aquí la conveniencia de estas decisiones, sino meramente la pertinencia de su vinculación con otras cuestiones, dado que ésta ha sido la lógica que las ha inspirado.

23 El subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos, David Mulford, expresó en el mes de marzo ante el Congreso de su país que las naciones candidatas al Plan Brady eran Chile, Bolivia y Jamaica, dejando a la Argentina fuera del club.

24 *Clarín*, mayo 15 de 1991.

25 *La Nación*, mayo 21 de 1991.

Argentina en la relación con Estados Unidos. Pero al mismo tiempo ha advertido que la salida de la crisis argentina depende del empeño propio. Tan sólo para dar un ejemplo al respecto, recuerdo que durante su visita a Buenos Aires en diciembre pasado, el presidente Bush resaltó que los beneficios para Argentina serán un resultado directo de las privatizaciones y las reformas económicas internas y no de la ayuda externa²⁶. Tampoco ha mostrado ninguna clase de rubores cuando ha tenido que defender intereses nacionales de Estados Unidos que afectaron seriamente los "intereses materiales de Argentina", para usar la expresión del gusto del

actual canciller. La reciente oferta de vender trigo subsidiado a Brasil es un caso paradigmático en este sentido.

Por último, y respecto de los dilemas que presenta el alineamiento *vis a vis* otras relaciones fundamentales, es bueno reconocer que algunas de las medidas adoptadas en forma unilateral e inconsulta por el gobierno de Menem -tales los casos del envío de naves al Golfo o el voto contra Cuba en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas- no han aumentado precisamente la confianza del país en la subregión, en especial frente a Brasil. Al revés, son gestos que han contribuido a generar des-

confianza en el plano regional y que han reducido los espacios para seguir con políticas similares (o ambiguas) frente a los vecinos. Esto muestra lo difícil (o, acaso mejor, lo impracticable) que resulta equilibrar una opción estratégica -el alineamiento con los Estados Unidos- con otra opción estratégica -la integración subregional en el ámbito de Mercosur-. Hay exigencias de ambas alternativas que son diferentes y en muchos aspectos incompatibles. Tarde o temprano -más bien esto último- la política exterior tendrá que hacerse cargo de este dilema. En caso contrario, transitará inevitablemente un camino lleno de equívocos.